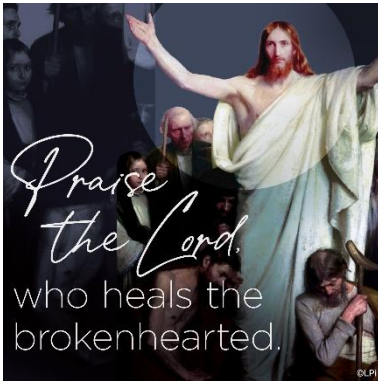


El corazón dividido y la sanación en Cristo



Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Existe una lucha en el corazón humano de la cual ninguno de nosotros está exento. Deseamos el bien y, sin embargo, con frecuencia nos sentimos atraídos por aquello que nos disminuye. Buscamos la paz, pero llevamos inquietud dentro de nosotros. La Sagrada Escritura expresa esta realidad con una honestidad conmovedora: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Romanos 7,15).

Esta división interior no es simplemente señal de debilidad; revela que algo en nosotros aún no ha sido plenamente sanado ni unificado.

Incluso las ciencias humanas han intentado describir las tensiones que existen dentro de la persona. La obra de [Sigmund Freud](#), por ejemplo, habla de fuerzas que actúan en nuestro interior: el deseo, la razón y la conciencia moral. Estas observaciones pueden ayudarnos a reconocer ciertos comportamientos, pero permanecen incompletas si no son iluminadas por Cristo, quien revela plenamente la verdad del ser humano.

Porque lo que experimentamos no es solamente una tensión psicológica, sino una lucha espiritual más profunda.

Dentro de nosotros existen deseos que buscan satisfacción inmediata sin referencia a la verdad. La razón intenta discernir y orientar. La conciencia nos llama al bien. Sin embargo, estas dimensiones con frecuencia no están en armonía. El deseo tira en una dirección, el miedo en otra, y la conciencia puede volverse débil o excesivamente acusadora.

Como consecuencia, muchos viven con un corazón dividido.

Lo vemos constantemente en la vida de las personas:

Encontramos personas incapaces de confiar, incluso cuando son amadas.

Corazones que temen la cercanía porque esperan ser heridos nuevamente.

Almas cargadas por una voz interior que condena, pero no sana.

Personas que evitan la verdad, no porque la rechacen, sino porque temen lo que les pueda exigir.

Para manejar estas tensiones interiores, solemos desarrollar mecanismos que nos protegen momentáneamente, pero que no nos liberan verdaderamente. Negamos la realidad. Justificamos aquello que sabemos que está mal. Proyectamos nuestras luchas sobre los demás. Nos refugiamos en hábitos antiguos en lugar de enfrentar el presente con sinceridad. Estos mecanismos pueden aliviar la ansiedad por un momento, pero también nos alejan de la verdad—y solo la verdad nos hace libres (cf. Juan 8,32).

Hermanos y hermanas, debemos decirlo claramente: no sanamos simplemente administrando nuestras heridas; sanamos cuando las llevamos a la luz.

Esto exige valentía.

Significa nombrar nuestras luchas con sinceridad delante de Dios.

Significa rechazar las excusas y las ilusiones.

Significa permitir que nuestra conciencia sea formada por el Evangelio y no por influencias pasajeras o conveniencias personales.

Por ello, los exhorto a dar pasos concretos:

Acudan regularmente al Sacramento de la Reconciliación. No oculten ni minimicen sus pecados. Nómbrarlos con verdad permite que la misericordia de Dios actúe.

Busquen acompañamiento espiritual cuando se encuentren atrapados en patrones repetitivos. La vida cristiana nunca fue pensada para vivirse en soledad.

Examinen su conciencia cada día. Presten atención a los movimientos de su corazón: aquello que los acerca a Dios y aquello que los aparta de Él.

Y, sobre todo, profundicen su vida de oración. No solo una oración repetitiva, sino una oración verdadera, en la que se presenten ante Dios tal como son.

Porque la respuesta al corazón dividido no se encuentra únicamente en un mayor dominio de sí mismo, sino en una entrega más profunda a Cristo.

[Jesus Christ](#), el Buen Pastor, no permanece distante de nuestra lucha. Él entra en ella. Conoce el corazón humano desde dentro, aunque sin pecado. No solo revela lo que está desordenado: restaura lo que está herido. No solo muestra la verdad: concede la gracia para vivirla.

En Él, lo dividido puede llegar a ser uno.

En Él, lo herido puede sanar.

En Él, lo inquieto puede encontrar la paz.

No se conformen con una vida de conflicto interior silencioso. No acepten aquello que los mantiene atados. Ustedes están llamados a la libertad de los hijos de Dios.

Lleven todo a la luz de Cristo.

Y confíen en que Aquel que comenzó en ustedes esta obra buena la llevará a su plenitud.

Sinceramente en Cristo,

Fr. Vilaire Philius

Pastor

